

La estética de la muerte

Claudia Guillén

Son varias las posturas que enfrentan los especialistas respecto a la importancia de la delimitación de los géneros en la literatura. Hay quienes se acercan más a la idea de que la poesía es el género que alude a la belleza y a la síntesis a través de un lenguaje cargado de imágenes contundentes. La narrativa, por su parte, se subdivide en novela y relato, y habrá quien piense que el cuento es un trabajo que requiere de una habilidad especial para condensar la historia a través del menor número de palabras; al contrario de la novela, que desarrolla una trama valiéndose de un gran número de páginas a través de las subtramas. Algún amigo muy querido me decía: “por ejemplo, el cuento plantea la historia de un asesinato; y, la novela, la historia de un asesino”. Creo que esta frase, en síntesis reúne la idea general de estas formas de ficción. En el caso del ensayo, se dice que debe precisar un tema, desarrollarlo y sustentarlo con reflexiones ajenas y propias.

Aunque presentadas aquí de manera poco convencional, la intención de estas ideas es llevar a cabo una pequeña reflexión sobre lo importante que es comprender que, más allá de sus géneros, la literatura transita por caminos invisibles donde se pueden acoplar las diferentes formas de enunciar las palabras. Quizá si intentáramos establecer un criterio fijo nos encontraríamos con que la mayoría de los especialistas tendrían que inclinar su balanza hacia un lado u otro, pero sin ubicar nunca el punto medio. Más allá de la peculiar estructura de cada género, me parece que podríamos pensar en la prosa como la forma natural de la palabra escrita, pues ella concentra casi todas las manifestaciones literarias, como una suerte de casa grande y noble que alberga con generosidad a quien quiera habitarla.

Equivocada o no, esta idea me venía dando vueltas desde hace tiempo y se consolidó

después de llevar a cabo la lectura de la novela *La muerte me da*, de Cristina Rivera Garza, libro donde la autora despliega su conocimiento literario y sociológico para desarrollar el relato, valiéndose de una serie de experimentos metalingüísticos vinculados directamente con su necesidad de establecer nuevas estructuras y estrategias con objeto de plantear una historia diferente, donde la forma sea pieza fundamental, mas no la única.

La muerte me da parece que, en principio —y los editores así lo afirman en la cuarta de forros—, sigue los cánones del *thriller*: en ella hay suspenso, asesinatos en serie y las investigaciones sobre esos asesinatos. Sin embargo, el relato no se reduce a ello. Da la impresión de que la autora sólo recurre a este molde para poder dar rienda suelta a lo que en verdad le interesa: crear una estructura fragmentada, que se desdobra sobre sí misma, susceptible de albergar diferentes géneros. Los múltiples senderos de esta novela se entremezclan a través de cortes experimentales, cuyo sustento es una trama realista con personajes bien delineados. Las acciones arrancan con la aparición de un personaje llamado Cristina Rivera Garza —muy parecido, por lo menos en apariencia, a su creadora—, quien encuentra a un hombre joven, muerto y castrado, mientras corre por las calles de la ciudad. Por esta razón, Cristina pronto se ve envuelta en las investigaciones que realiza la Detective, y en la inercia que más tarde rodeará a los demás asesinatos, de hombres también jóvenes y castrados. El asunto es que a cada uno de los cadáveres no sólo los une su mutilación y su propia muerte, sino también la presencia de un poema de la escritora argentina Alejandra Pizarnik que permanece a su lado como un testigo mudo y perturbador. Así, la

dualidad de emociones se manifiesta a través de la voz de esta poeta de vida atormentada y suicida. Es en esta primera parte que Cristina Rivera Garza (autora) establece un vínculo que permanecerá a lo largo de la novela entre poesía y muerte, a través de Cristina Rivera Garza (personaje).

El juego de que la mujer y el hombre podrían habitar un mismo cuerpo y universo es uno de los ejes temáticos del libro. Es decir, una suerte de androginia lúdica: el hombre-la mujer; la mujer-el hombre. Incluso la autora de *Nadie me verá llorar* lleva a cabo un juego de palabras para cuestionarse por qué, a pesar de tratarse de un hombre, se nombra siempre a la víctima utilizando el género femenino. Asimismo, durante el transcurso de las páginas, se van intercalando versos como otra forma de contar la historia. Por momentos la realidad y los pensamientos de los personajes caminan de la mano, con lo que el discurso adquiere un tono casi onírico, o surrealista, donde las acciones avanzan como a través de brumas y los personajes se parecen cada vez más unos a otros sin importar a qué género pertenecen. La primera persona y la voz omnisciente se mezclan, creando en el lector una sensación ambigua de lejanía y de cercanía con los hechos: los personajes podrían estar hablando entre ellos, pero también introducen al lector en su discurso.

La autora nos muestra creaturas que forman parte del universo de los fracasados: la Periodista de la Nota Roja, una mujer con una pequeña joroba por su mala postura corporal, pero también porque parece cargar el mundo en la espalda; la Detective quien, pese a sus constantes fracasos laborales y emocionales, también puede ser pequeña y libre en la imaginación de su subalterno, Valerio —el único personaje masculino no

incidental en la novela—, más bien apocado y contagiado por el pesimismo de su jefa. El personaje de la Detective resulta muy interesante conforme avanza la lectura, ya que deja atrás su aparente frialdad para vivir situaciones que la presentan como un ser ajeno a las muertes pero a la vez muy cercano a ellas y a sus significados. La dualidad característica de los caracteres de *La muerte me da* recuerda en ocasiones a los seres oscuros y entrañables de Carson McCullers. Y así como la propia Cristina Rivera Garza se desdobra de autora en personaje con el fin de jugar con su papel de académica y hacer de este relato un espacio lúdico dentro de la atmósfera de violencia ejercida en el cuerpo de las seis víctimas, sus personajes también sufren desdoblamientos que les permiten visualizar realidades diferentes a las que viven, imaginando o recordando pasajes de su vida o la de las propias víctimas.

La ironía presente en la historia confirma que la autora está realizando un ejercicio que la divierte. Juega continuamente para que el lector se divierta con ella, como si se tratara de diseñar un laberinto cargado de sorpresas donde el humor es pieza fundamental. Las diversas voces consiguen que podamos adentrarnos en el punto de vista de cada uno de los actores acerca de los asesinatos. La primera voz, que suponemos es de la asesina, despierta sensaciones escalofriantes. Hay una idea que se repite a lo largo del libro: la castración, simbólica o física, le permite al hombre darse cuenta de la presencia del otro. Por ello se llevan a cabo estos asesinatos bañados al mismo tiempo por la sangre y por la poesía. La vista es la destinataria principal de todos los estímulos y el origen de las emociones—con ello, Rivera Garza reafirma su interés por las artes visuales. Un ejemplo: cuando narra la forma en que se encontró a cada una de las víctimas, es como si el lector estuviera ante una fotografía. Y como la fotografía forma parte de la investigación, en ella se reproducen las formas de los hombres castrados: Valerio las abre para observarlas como si se tratara de una baraja.

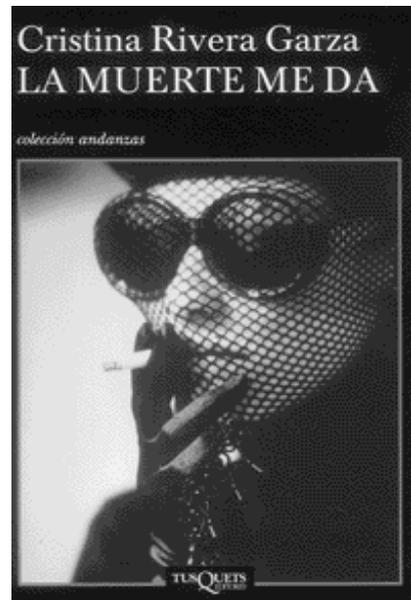
Mención especial merece el ensayo académico que escribe Cristina Rivera Garza (personaje), donde desmenuza la vida de Pizarnik. Con notas a pie de página, la profesora universitaria nos cuenta la gran ob-

sesión de esta poeta por entrar en el terreno de la prosa, pero de una prosa cuidada y perfecta donde la forma fuera la llave para alcanzar un estilo preciso y bello quizá como lo ha procurado la propia Cristina Rivera Garza (autora) en cada una de sus obras. *La muerte me da* no trata de mostrar la mente de un asesino o asesina serial, sino más bien despertar la conciencia de quienes están involucrados en la investigación: “Estamos frente a un esteta—murmuró la Detective—. Frente a un esteta obsesivo que quiere darnos un mensaje sobre el cuerpo, el cuerpo masculino, y las letras del alfabeto”. La belleza planteada a través de la muerte. La poesía y la violencia de la castración entrañan entonces una suerte de símbolo sobre el que no cabría un solo pensamiento, sino varios. Asimismo, las historias de amor y erotismo que se desarrollan en el relato también dan a la muerte un valor especial, donde Tanatos y Eros se fusionan para crear una fórmula sensual que alcanza una gran intensidad.

Otro valor estético dentro de *La muerte me da* es el ritmo. Rivera Garza utiliza adjetivos, puntos, sustantivos, puntos y aparte, comas y verbos para lograr una cadencia que avanza sin tropiezos. Va de uno a otro con la seguridad de que los ha situado en el lugar que les corresponde, los repite una, otra y otra vez, hasta lograr que la prosa se vuelva algo semejante al canto de las sirenas que atrapa a los hombres dentro de la soledad del mar.

Como parte de este continuo juego que ha llevado la autora, en las últimas páginas nos topamos con un libro de poesía “en líneas rotas”, quizás escrito por la Reportera de la Nota Roja que, curiosamente, se llama *La muerte me da*. La prosa poética alude a toda la historia que se nos ha venido contando y su aparición permite que los personajes se unan un tiempo después de que se dio por cerrado el caso que los unió.

Por medio de estas estructuras, de la intervención en primera persona de su homónimo (¿homónima?) y de la presencia omnisciente de Alejandra Pizarnik—que se derrama no sólo en los muertos castrados, sino en los demás personajes de la historia—, la también poeta Cristina Rivera Garza (autora) se valió de la prosa, como era el anhelo de la poeta argentina, para demos-



trarnos que todos los géneros pueden atomizarse y sintetizarse para formar parte de una novela. Así, *La muerte me da* ofrece una historia ambiciosa, interesante, fragmentada en tiempos y formas, que avanza y provoca, se desdobra y vuelve a plegarse, que se goza como seguramente lo hizo la propia escritora cuando la concebía. Imagino a Cristina Rivera Garza (autora-personaje) con una leve sonrisa en la boca, disfrutando del ejercicio de la escritura. Se trata de un relato complejo que requiere la mirada cómplice del lector. Una obra que abandona las formas tradicionales, para enunciarse a partir de un pensamiento inteligente que sabe a dónde se dirige y qué quiere contar. La seguridad de lo que no se narra—ese impulso íntimo que anima cada una de las palabras— se trasmina a las páginas y torna transparente su complejidad.

Si bien es por todos conocido que la novela es un producto noble que puede albergar diferentes géneros, a través de *La muerte me da*, Cristina Rivera Garza, en un hondo homenaje a Alejandra Pizarnik, nos demuestra que a partir de una prosa versátil se pueden obtener los más variados registros hasta desembocar por completo en el universo inconfundible de la poesía, aunque ésta pro venga de la muerte. [1]

Cristina Rivera Garza, *La muerte me da*, Tusquets, México, pp. 360.